

Los epígonos peruanos de Ricardo Palma

Sandro Chiri Jaime
Universidad ESAN
schiri@esan.edu.pe
Lima-Perú

Resumen

Cuando una especie narrativa tiene éxito y difusión local y continental, es inevitable que aparezcan seguidores o entusiastas imitadores, más aún si estos son escritores coetáneos al patriarca o integrantes de la generación inmediata siguiente. Este parece ser el caso de la «tradición palmista». En efecto, si tomamos en cuenta que Ricardo Palma (1833-1919) fue un creador activo por más de seis décadas, que experimentó con todas las variantes posibles, es ineludible que su encantador modelo se haya convertido en aliciente y estímulo para narradores de lengua española. En ese sentido, el presente texto pone atención a cinco escritores peruanos que se vieron fuertemente atraídos por la tradición palmista: Manuel Atanasio Fuentes (1820-1889), Francisco Ibáñez Delgado (1827-1899), José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra (1833-1893), Clorinda Matto de Turner (1852-1909) y Eleazar Boloña Dañino (1867-1936).

Palabras clave: Ricardo Palma, Manuel Atanasio Fuentes, Francisco Ibáñez Delgado, José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra, Clorinda Matto de Turner, Eleazar Boloña Dañino, tradición, epígono, imitador, coetáneo.

Abstract:

When a narrative species is successful and has local and continental diffusion, it is inevitable that followers or enthusiastic imitators appear, even more so if they are writers who are contemporaries of the patriarch or members of the immediate following generation. This seems to be the case of the Palmista tradition. Indeed, if we take into account that Ricardo Palma (1833-1919) was an active creator for more than six decades, polishing and experimenting with all possible variants, it is inescapable that his charming model has become an incentive and stimulus for Spanish-language narrators. In this sense, the present text focuses on five Peruvian writers who were strongly attracted and influenced by the Palmista tradition: Man-

uel Atanasio Fuentes (1820-1889), Francisco Ibáñez Delgado (1827-1899), José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra (1833-1893), Clorinda Matto de Turner and Eleazar Boloña Dañino (1867-1936).

Keywords: *Ricardo Palma, Manuel Atanasio Fuentes, Francisco Ibáñez Delgado, José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra, Clorinda Matto de Turner, Eleazar Boloña Dañino, tradition, epigone, imitator, contemporary*

Aunque la marca estilística de Palma es difícil de emular, sus seguidores¹ hicieron todo tipo de esfuerzos por continuar y empaparse de una corriente narrativa muy en boga durante el siglo XIX. Al parecer, la tradición se volvió una expresión contagiosa que permitía rescatar, reformular y ficcionar un sinfín de anécdotas, sucesos o episodios históricos por parte de escritores hispanoamericanos, sean coetáneos o menores que el fundador del género.

No obstante, Riva Agüero fue muy preciso en señalar las limitaciones que delataron los epígonos del tradicionista, tanto es así que en 1905 afirmó que los «imitadores de Ricardo Palma son legión. Hubo tiempo en que la América Española se inundó de tradiciones. Todos los discípulos se le han quedado muy por debajo» (Riva Agüero 1962, p. 184). Vale decir, el ensayista limeño zanja con el tema al subrayar que ningún continuador del modelo narrativo no alcanzaba su altura ni su gracia. En cambio, Núñez, frente al mismo fenómeno, es mucho más tolerante al aseverar que no se trataba «de imitadores de Palma, sino de discípulos, de hombres identificados con el mismo ideal creador, de discípulos que hallaron la misma ruta y bebieron en las mismas fuentes» (Núñez, 1979, p. XXV), y luego, líneas seguidas, remata con el siguiente comentario: «La irradiación [de la tradición] a todo el Continente no constituyó un fenómeno de imitación sino de coincidencia en captar el gusto popular» (Núñez, 1979, p. XXV). En buena cuenta, ante las opiniones encontradas de Riva Agüero frente a la de Núñez, partimos de la idea de que abordar a los epígonos de Palma implica

¹ A nivel continental, la tradición palmista tuvo émulos que Estuardo Núñez ha rastreado con detenimiento. De ese universo, apenas mencionamos al argentino Pastor S. Obligado, al boliviano Julio Lucas Jaimes, al colombiano Luis Capella Toledo, al chileno Manuel Concha, al ecuatoriano Modesto Chávez, al mexicano Artemio del Valle, al venezolano Juan Vicente Camacho, entre otros (ver Núñez 1979).

navegar entre percepciones disímiles ante un mismo quehacer literario que nos obliga a la mayor objetividad posible².

En verdad, el propio patriarca del género, al definir la tradición, acotó muy dueño de su oficio que esta «no es un trabajo que se trata a la ligera; es una obra de arte. Tengo una paciencia de benedictino para limar y pulir mi frase. Es la forma más que el fondo, lo que las torna populares», no sin antes haber confesado lo siguiente: «Mi estilo es exclusivamente mío: mezcla de americanismo y españolismo, resultando siempre castiza la frase y ajustada la sintaxis de la lengua»³. Palma se sabe un escritor-artista, responsable de su producto estético por el que guarda respeto y deferencia. De ahí que cualquier mala imitación no alcanzará a ser considerada estrictamente una tradición, aunque el relato recree episodios históricos, tenga su pizca costumbrista y satírica, haga uso del humor y del lenguaje dosificadamente popular. A los ojos del tradicionista, no bastan los componentes para que un texto sea catalogado de tradición: hay que trabajar, bruñir y retocar el fraseo.

Pero más allá de las comprensibles exigencias del patriarca, cabe preguntarnos por los epígonos⁴ genuinamente palmistas nacidos y formados durante el siglo XIX. Que en algunos textos reverbera el estilo de Palma mejor que en otros será acaso la evidencia de que el discípulo aprovechó bien la lección, mas no debemos descartar las voces que tratan de encontrar su propia senda en medio de un corsé estilístico entendido y aceptado —de antemano— como único e incopiable.

Las lecturas con las que se formó don Ricardo son sin duda las mismas con las que se moldearon luego sus imitadores. A fin de cuentas, nos interesa acercarnos al origen de su experiencia lectora para entender el buen gusto por la frase y la incomparable imaginación con las que alimentó su oficio. Ante esto, por ejemplo, Porras recuerda un suceso en la biografía de Palma:

² Un esfuerzo por ordenar a los seguidores de Palma fue elaborado por Isabelle Tausin, quien propuso cuatro rutas en su clasificación: a) la tentación historiográfica, b) la leyenda histórica, c) la tradición fantástica y d) la herencia costumbrista (Tausin, 1999, pp. 201-220).

³ Ver la carta que Palma envía a Vicente Barrantes, fechada en Lima, el 29 de enero de 1890 (Palma, 2005, p. 400).

⁴ A manera de chanza y por el gran arraigo que tuvo esta forma narrativa, José Antonio de Lavalle advierte que los cultivadores de la tradición «son fulano y zutano, mengano y perencejo, aquí y en Chile, en Bolivia y en Colombia, en México y en el Ecuador» (citado por Tauro, 1951, p. X).

El episodio más decisivo de su vida parece haber sido, aparte del naufragio del Rímac en 1855, una estada de seis meses en las islas de Chíncha, en las que devoró los clásicos españoles de Rivadeneyra. Ahí, en las fuentes maternas e insustituibles del idioma, bebió en Quevedo y en Cervantes, en el Lazarillo y en la feria andaluza de la novela picaresca, todos los jugos sabrosos de su estilo. (Porrás, 1999, p. 163)

Los ‘jugos sabrosos de su estilo’, sin duda, fueron la marca inconfundible de una prosa ejemplar que quiso ser imitada por escritores coetáneos o ulteriores a él, a quienes nunca les negó un consejo, un proemio, una epístola que generalmente eran incluidos —a manera de introducción— en los libros que los entusiastas y nuevos tradicionalistas publicaron. Una muestra de ello son, por ejemplo, estas líneas de la «Carta crítica» que Palma obsequió, como prólogo, a su amigo José Antonio de Lavalle para que la incorporase al inicio de su novela *La hija del contador*:

En una novelita de corto aliento nos ha puesto Usted de relieve a esta nuestra Lima tan querida, de los tiempos coloniales. No sea Usted egoísta, y haga Usted gozar a los demás de las bellezas con que yo acabo de engolosinarme. Publique Usted su novela, que es muy digna de vivir en letras de molde. (Palma, 1893, p. II)

En sereno tono de elogio, el tradicionalista insta a De Lavalle a seguir deleitando a los lectores con sus historias de la Lima colonial. La lectura aquí es entendida como un mero acto de placer. Aun así, se evidencia el desprendimiento y el buen ánimo de Palma al celebrar la entrega de su amigo. Al decir de Núñez, don Ricardo «no era un crítico severo, sino uno cordial y estimulante, reconociendo que los alentaba como amigo, considerándolos como discípulos o ahijados literarios» (Núñez, 2001, p. XXXII).

A pesar de las múltiples obligaciones que asumió durante su agitada existencia, Palma nunca dejó de animar e impulsar a sus colegas en sus quehaceres literarios de imaginación romántica, tal como se evidencia también en estas líneas de valoración que dedica a Clorinda Matto y que datan de 1884:

En general, su estilo es humorístico; su locución, castiza e intencionada y libre de todo resabio de afectación o amaneramiento, tal como cuadra a la índole de sus narraciones. Viveza de fantasía, aticismo de buen gusto, delicadeza en las imágenes, expresión na-

tural, a la vez que correcta y conceptuosa, son los datos que más sobresalen en la ilustrada autora de las *Tradiciones cuzqueñas*. (Palma, 1954, p. X)

En ese mismo prólogo⁵, Palma aprovecha para incluir su poética como quien subraya los rasgos más visibles del género para que sus seguidores no se olviden de la matriz:

En el fondo, la tradición no es más que una de las formas que puede revestir la historia, pero sin los escollos de esta. Cumple a la historia narrar los sucesos secamente, sin recurrir a las galas de la fantasía, y apreciarlos, bajo el punto de vista filosófico-social, con la imparcialidad de juicio y elevación de propósitos que tanto realza a los historiadores modernos. [...] Menos estrechos y peligrosos son los límites de la tradición. A ella, sobre una pequeña base de verdad, le es lícito edificar un castillo. El tradicionista tiene que ser poeta y soñador. (Palma, 1954, p. IX)

Eso es, para el patriarca, la tradición debe transmitir cierta dosis de poesía y ensoñación.

Según Núñez, en buena cuenta los discípulos de Palma, todos ellos amigos y admiradores del patriarca:

No negaron al maestro, sino que, más bien, lo leyeron fervorosamente, asimilando técnicas y maneras de escribir con reiteradas muestras de admiración y respeto. Esto se deduce tanto de las dedicatorias de sus trabajos como de las referencias explícitas que en ellos se encuentra. (Núñez, 2001, p. XXI)

⁵ El «Prólogo» escrito *ex profeso* por Palma apareció en la primera edición de las *Tradiciones cuzqueñas*, publicadas en Arequipa, en 1884, por la Imprenta de *La Bolsa* y que fue reproducido con otros textos de diversas épocas en la edición de las *Tradiciones cuzqueñas. Leyendas, biografías y hojas sueltas*, de Clorinda Matto (Cuzco, Editorial H.G. Rozas, 1954), que estuvo al cuidado del poeta Luis Nieto Miranda (1910-1997). Esta edición incluye una serie de textos que valoran la producción de Matto de Turner, así tenemos una «Liminar» (pp. vii-viii), de Luis Nieto; el «Prólogo» (pp. ix-x), de Ricardo Palma; el artículo «La señora Clorinda Matto de Turner. Apuntes para una biografía» (pp. xi-xvi), de Julio F. Sandoval, fechado en 1884; otro «Prólogo» (pp. xvii-xix), suscrito por José Gabriel Cosío en 1917; unos «Apuntes de viaje: Clorinda Matto de Turner» (pp. 147-150), de Abelardo Gamarra; y un conjunto de «Apreciaciones íntimas» (pp. 151-153), firmado por Manuel Rafael Valdivia. Curioso es que las ediciones posteriores suprimen fundamentalmente el aleccionador texto de don Ricardo.

Los epígonos palmistas, principalmente los provincianos, estrecharon vínculo, sobre todo epistolar, con el patriarca y aprovecharon los moldes de la tradición para mostrar la riqueza imaginativa, los sucesos históricos y el alma de sus respectivas regiones, a través de textos que exhibían variada invención, calidad literaria y candorosas tramas.

Los epígonos

Bajo el manto protector del Romanticismo en su vertiente historicista y castiza⁶ y la indiscutible hegemonía de Ricardo Palma proliferó esta especie narrativa que ganó rápidamente adeptos en la América hispana, pero más precisamente en el Perú de la segunda mitad del siglo XIX. Casualmente, la tradición que se renueva en otras voces y plumas prolongó el sentido nacional en la temática, privilegió tópicos históricos, mantuvo cierta desconfianza ante la literaturaseudoclasicista, no olvidó retratar el contexto —en su mayoría urbano— en que se desarrollan las acciones, incorporó a su manera a todos los estratos y actores de la sociedad, se expresó con libertad y, como exigía el maestro, añadió dosis de gracia y poesía.

Fueron muchos los escritores peruanos decimonónicos que simpatizaron con el modelo de Palma. De ese universo rescatamos algunos nombres que destacaron por sus originales aportes al género, su singular punto de vista, por su gracia y virtudes estilísticas, o por sus denuedos por zafarse del modelo: Manuel Atanasio Fuentes (1820-1889), Francisco Ibáñez (1827-1899), José Antonio de Lavalle (1833-1993), Aureliano Villarán (1850-1882), Clorinda Matto de Turner (1852-1909), Abelardo Gamarra (1852-1924), Carlos Wiesse (1859-1945), Aníbal Gálvez (1865-1922), Eleazar Boloña (1867-1936), Carlos Camino Calderón (1884-1956), José Gálvez Barrenechea (1885-1957), Ángel Valdeiglesias (1886-1961), entre otros.

Entre satírico y costumbrista, Manuel Atanasio Fuentes (1820-1889), quien firmaba como el Murciélagu, difundió en las páginas de *La Broma*⁷, de 1877

⁶ Al respecto, revisar Simonini de Fuentes, 1973, 5-42.

⁷ *La Broma* fue un periódico «satírico y mordiente [...] terror y espanto de la mala gente» que se editó en Lima entre 1878 y 1879. Según Tauro, dicha publicación estuvo «a cargo de una sociedad, cuyos miembros fungían como presidentes, secretarios, redactores y correctores. Fueron: Eloy P. Buxó, Manuel Atanasio Fuentes, Julio Lucas Jaimes, Miguel Antonio de la Lama, Benito Neto, Ricardo Palma y Acisclo Villarán. [...] En sus páginas se halla numerosos epigramas y algunos relatos tradicionales» (Tauro, 1988, vol.1, 336).

a 1878, una decena de tradiciones⁸, que luego recopilaría Estuardo Núñez. Hombre de leyes, funcionario público y profesor de Medicina Legal en la Facultad de San Fernando, Fuentes desarrolló una prolífica labor no solo en lo literario y periodístico, sino también en aspectos vinculados a la administración de justicia y a la gestión pública en general, y prueba de ello son sus múltiples tratados de carácter orientador y diligencial⁹. De esa experiencia cívica cabe subrayar su ímpetu por organizar la Imprenta del Estado y de ostentar una brillante trayectoria en la labor estatal. Refiriéndose a ello, Núñez ha escrito: «La tarea inmensa que hubiera ocupado dos o tres vidas, la realizó Fuentes en una, gracias a su laboriosidad y contracción al trabajo intelectual. Es el escritor más prolífico en publicaciones dentro del siglo XIX» (Núñez, 1974a, p. 9).

La obra de Fuentes evidencia la huella de la literatura costumbrista y satírica de la primera mitad del XIX, cuyas marcas constituyen elementos clave de la tradición. Fuentes fue autor de textos que describe tipos y costumbres, preferentemente limeños, vinculados tanto a la vida privada como pública, que dan razón de lo inmediato y epidérmico. Difundió sus textos en publicaciones que él mismo impulsó o en otras efímeras, destinadas a un público pequeño e ilustrado, como casi todos los escritores decimonónicos. De su obra literaria son conocidos *Aletazos del Murciélago* (1866), colección de artículos difundidos en tres volúmenes, y *Lima: Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres* (1867)¹⁰, ambos impresos en París. En estos textos, generalmente, el autor no desaprovecha la oportunidad para enjuiciar o elogiar las prácticas políticas de la época. En el primero de los nombrados, por ejemplo, el narrador pondera las virtudes de una

⁸ Ver Núñez, 1974^a, 15-127. Entre las diez tradiciones de M. A. Fuentes destacan «La respingona», «Lorenzita», «¿Has visto a la nueva?» y «La pileta de San Bartolomé».

⁹ Entre estos destacan *Estadística general de Lima* (1858), *Elementos de higiene privada, extractados de diversos autores* (1859), *Compendio del derecho administrativo* (1865), *Manual práctico de Medicina Legal* (1869), *Apuntes sobre exhumaciones y autopsias y modelos de reconocimiento médico legales* (1873), *Derecho constitucional universal e historia del derecho público peruano* (1874) o *Catecismo de economía política* (1876).

¹⁰ Con respecto al autor y a este último libro mencionado, Ventura García Calderón sintetizó el asunto con estas líneas: «Famosísimo satirista y polígrafo fue este Don Manuel Atanasio Fuentes, cuyo libro de amor a la Lima antañona, traducido al francés y al inglés, figura en todas las bibliotecas del mundo» (García Calderón, 1938, p. 287).

administración que sabe tolerar las opiniones adversas, tal como se constata en estas líneas: «Tampoco es malo que se critiquen los actos del gobierno, quien lo hace de buena fe, sirve al país. El gobierno que impone silencio a un escritor, es un tirano; algo más, teme la luz y la verdad; es mal gobierno, en una palabra» (Fuentes, 1866, p. 54).

En verdad, Ventura García Calderón acierta cuando afirma que la crítica epidérmica del entorno que elabora Fuentes se salva del olvido por

su afán cultural, su criollismo, su amor entrañable a la ciudad vieja, de la cual ha eternizado, como don Ricardo, muchos aspectos declinantes: costumbres y tipos de la calle que tal vez habrían desaparecido de la memoria del Perú, si el observador no los hubiera fijado para siempre. (García Calderón, 1938, p. 287)

Su tradición «¿Has visto a la nueva?»¹¹ —de fuerte carga trágica— inserta un episodio histórico ambientado en 1835 y que años después le serviría de base a Palma para escribir la tradición «Un negro en el sillón presidencial». En la versión de Manuel Atanasio Fuentes, José León Escobar, un avezado bandolero negro, toma por asalto el Palacio de Gobierno y durante tres días se hace del poder con el incondicional apoyo de su séquito de matones. Desde el sillón presidencial se propone obtener cuanta ventaja puede y decide chantajear a los comerciantes de la ciudad. La incomodidad de la ciudadanía es tal que sus adversarios lo reducen y de inmediato los fusilan en plena Plaza de Armas por sus excesos y por haberse atrevido a usurpar de manera grosera el poder. El amedrentamiento que ejerció el montonero León Escobar y sus bravucones les costó caro. Aquí, Fuentes disfruta retratando los usos y costumbres del primer militarismo peruano:

Nosotros, dignos hijos de nuestros dignos padres, tuvimos también nuestra época de preguntarnos, pero no abriendo ventanas, sino teniendo las puertas cerradas: ¿Amigo, quién es Presidente hoy? Y a tanto llegó ese cambio sucesivo y continuado de Presidentes, que la ilustre ciudad de los Reyes, antigua residencia de los representantes nobles de Nuestro Amo y Señor el rey de las Españas y de las Indias, estuvo por tres días con sus respectivas noches bajo el dominio del Excmo. Señor D. José León, negro de color, ladrón y montonero de profesión y gobernador absoluto,

¹¹ El texto apareció inicialmente en el número 16 de *La Broma* (Lima, febrero de 1878). (Ver Núñez, 1974d).

por accidens y a falta de persona más caracterizada, de esta capital y sus accesorios.

Pero el reino de ese patriota no era de este mundo, o, para mejor decir, si su reinado en los campos y caminos contó algunos años de duración, su permanencia en la casa del Cabildo, en que estableció su despacho gubernativo, solo duró tres días de los cuales al cabo (como se dice en Acomayo), y lo amarraron en uno de los cañones que había clavados en la Plaza Mayor y, con cuatro píldoras plumbi, no tragadas, sino recibidas a raíz de las carnes, pasó al mundo de la verdad. (Núñez, 1974d, pp. 118-119)

En la tradición «Un negro en el sillón presidencial», Palma, en cambio, retrata al bandolero como un individuo que respeta las formas al ejercer el poder: cita a los principales comerciantes de la ciudad, los recibe con el protocolo que se merecen, es cortés en extremo, los acoge en uno de los cómodos salones palaciegos y, finalmente, les hace saber sus requerimientos económicos. Acá, el burdo chantaje se convierte en un refinado acto solemne. Palma sabe sacar provecho de cuanta situación hipotética emerge de la historia; así crea un clímax, contextualiza con imaginación y reconstruye a un personaje que bien pudo pasar por insulso y anodino.

No obstante, la prosa de Fuentes, entrenada en el periodismo costumbrista y en la puntual redacción de informes gubernamentales, opta por otra estrategia narrativa: interrumpe una historia de amor para acuñar un suceso histórico. Bien visto, Fuentes delata oficio periodístico, tanto así que los dos párrafos citados le sirven para detener la desdichada historia de dos amantes suicidas que entran en desgracia por el devenir de las pasiones políticas de aquellos años. De esta manera, el pillaje del negro José León Escobar y el tormentoso amor de la Princesita y su Sargento Mayor se homologan por su condición transgresora, marrullera y secreta.

Francisco Ibáñez Delgado (1827-1899) fue un correcto escritor arequipeño que vivió casi todo el agitado siglo XIX. Se sabe que publicó dos libros: *Cuentos de mi tierra* (1874)¹² y *Tradiciones de mi tierra escritas en ratos de ocio*¹³ (1884). Sobre la base de la imprenta del artista gráfico

¹² La primera edición de *Cuentos de mi tierra* data de 1874; la segunda, de 1897; ambas fueron publicadas en la imprenta del periódico arequipeño *La Bolsa*. En 1974, con motivo de los 90 años de la primera edición, Artemio Peraltilla Díaz volvió a difundir el volumen a través de la Imprenta Editorial El Sol.

¹³ Ibáñez imprimió *Tradiciones de mi tierra escritas en ratos de ocio* en la imprenta de su periódico, *La Bolsa*, en 1884; vale decir, en la misma ciudad,

Jacinto Ibáñez, su padre, los hermanos Francisco y Valentín fundaron el diario *La Bolsa*, publicación de ánimo liberal, que, al decir de Percy Eguiluz Menéndez, «circuló en Arequipa entre febrero de 1860 y 1910»¹⁴, solo interrumpiéndose durante la Guerra del Pacífico. En sus páginas colaboraron activamente Clorinda Matto, Manuel T. Docarmo, José Moscoso, Rafael Valdivia, entre otros.

Experimentado periodista que abrazó el ideario romántico, Francisco Ibáñez tuvo a bien incorporar a Matto de Turner como jefa de redacción de su diario en 1884, año en que ambos publicaron en esas máquinas sus respectivos libros de tradiciones. En su calidad de periodista de planta, la escritora cusqueña suscribió el artículo «¿Hasta cuándo?» (*La Bolsa*, 18/07/1885), en donde abiertamente criticaba la censura que ejercía sobre el periodismo libre el gobierno del general Miguel Iglesias. Por dicha nota, Ibáñez, director del diario, fue confinado a la cárcel.

Pero más allá de estos avatares de época propios de un periodista que asume todos los riesgos de su oficio, nos interesa detenernos en su producción literaria. Sus *Tradiciones de mi tierra escritas en ratos de ocio* incluye una apreciación del conjunto firmada por Simón Martínez Izquierdo, quien aprovecha la tribuna para subrayar la fuerte carga de oralidad de los textos:

Quien ha conversado un corto lapso de tiempo [sic] con el señor Ibáñez, no puede, al leer sus tradiciones, dejar de figurarse que lo oye hablar; y aun a mí me sucede que, leyéndolas en alta voz, siento el involuntario impulso de imitarle su acento. (Martínez, 1974, p. 11)

máquina y año en que Clorinda Matto publicase sus *Tradiciones cuzqueñas*. Las narraciones de Ibáñez merecieron una segunda edición, ya en el siglo XX, que fue asumida por Artemio Peraltilla Díaz: (Arequipa, Imprenta Editorial El Sol, 1974). El volumen se abre con el poema «Al lector», una suerte de advertencia en octosílabos suscrita por el propio autor y en donde se pueden leer los siguientes versos: «Al referir cada historia / y buscar datos seguros, / no son pocos los apuros / que ha tenido mi memoria / sin dotes de narratoria. // Cosa que a cualquiera aterra. / Este libro solo encierra / sucesos bien conocidos / que título, reunidos / *Tradiciones de mi tierra*» (Ibáñez, 1974, p. 13).

¹⁴ Ver el artículo «*La Bolsa* de Clorinda Matto», de Percy Eguiluz Menéndez. En: *El Sol*. Arequipa, 17 de octubre de 2014. <http://elpueblo.com.pe/noticia/especiales/la-bolsa-de-clorinda-matto-de-turner>

Asimismo, Martínez Izquierdo valora los aspectos clasicistas que reverberan en los textos. Según él, las tradiciones de Ibáñez sirven como

ejemplos para sacar de ellos deducciones aplicables a la enseñanza moral, y que van condensadas en las moralejas en verso con que termina cada uno de los artículos y a las que el Sr. Ibáñez ha dado la forma de espinelas de pie obligado al título correspondiente. (Martínez, 1974, p. 11)

Finalmente, el mismo prologuista no desaprovecha la ocasión para enviarle, sin mencionarlo, una puya a Palma:

El señor Ibáñez no tiene pretensiones literarias; narra con toda naturalidad, sin carecer de cierta elevación que no alcanza a lo ampuloso ni a lo rimbombante y con una sencillez que no desciende a lo vulgar ni a lo rastrero; escribe sin artificio pero en castellano correcto, y no abusa de aquella chanzoneta de aquel dicharacho picante con que algunos escritores creen necesario sazonar escritos de este género. (Martínez, 1974, pp. 11-12)

La tradición «Historia de un crimen»¹⁵, que Ibáñez divulgó en el número 57 de *El Ateneo de Lima* (mayo de 1888, pp. 410-417), luego de haber sido presentada en una de las sesiones de las veladas literarias que Clorinda Matto patrocinó con éxito en Lima entre 1887 y 1891, fue leída por Ricardo Palma en una de las sesiones de las veladas literarias que Clorinda Matto¹⁶, tal como lo informó el periódico *El Nacional*, en su página 2, del 4 de junio de 1888.

En cuanto a la estructura, el narrador opta por enumerar cada uno de los episodios del relato para ir ganado así en tensión, tal como lo hacía el patriarca del género. Es más, da la sensación de que Ibáñez respeta la ruta de la tradición palmista; vale decir, contextualiza los hechos a través de un dato histórico, ambienta adecuadamente,

¹⁵ «Historia de un crimen» (pp. 158-165) se reproduce en *Las veladas literarias de Clorinda Matto en la Lima de la posguerra (1887-1891)*, de Evelyn Sotomayor (Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 2017). La tradición de Ibáñez, por entonces inédita y dedicada a Clorinda Matto, fue leída por Palma en una de las veladas de principios de junio de 1888. Por la fecha, el texto no forma parte de los 36 relatos de sus *Tradiciones de mi tierra escritas en ratos de ocio* (1884).

¹⁶ Con respecto a la actividad literaria de la escritora cusqueña en Lima, revítese el volumen de Evelyn Sotomayor (2017).

reflexiona sobre la época para insuflar verosimilitud y desarrolla la anécdota con original imaginación y, en su caso, remata con moraleja.

Aunque difícil de emular a pie juntillas al maestro, Ibáñez no deja de ser un escritor romántico en tanto sus opciones temáticas. La trama que elige, por ejemplo, es de aliento gótico, tan caro al romanticismo. Un extraño asesinato mal investigado y peor resuelto en la ciudad de Arequipa será aquí el núcleo de «Historia de un crimen». El relato presenta a un ilustre letrado que había ostentado cuanto cargo público de importancia existiera. Durante cerca de treinta años, el Dr. Manuel Toribio Ureta se había labrado un perfil cívico ejemplar¹⁷, hasta que los desencuentros políticos lo confinaron al destierro en 1862: «Tuvo que abandonar el país y comer el pan del desterrado en República de Chile» (Ibáñez, 2017, pp. 158-159). A la sazón, nuestro personaje delataba también un amor incondicional por su señora madre, doña Isabel Rojas y Pacheco, quien «quedó privada de los inmediatos cuidados que le prodigaba el buen hijo, viviendo a su lado» (Ibáñez, 2017, p. 159).

La separación dejó a la progenitora en condición de vulnerabilidad, lo que aprovecharía un sujeto para asesinarla. En este episodio, la narración se perfila como macabra cuando se acota con inigualable frialdad lo siguiente: «Estando la señora completamente sola, penetra un individuo, no sin haber tomado antes sus precauciones, y con afilado y agudo puñal, que hunde más de una vez en el corazón de la anciana, le da una muerte instantánea» (Ibáñez, 2017, p. 159). Y luego, el narrador traza rápido la fuga del canalla: «Satisfecho de su obra, el asesino, dejando prendida el arma homicida en el palpitante cuerpo, abandona la casa sin ser visto, y se marcha, seguro de que nadie se ha apercibido de tan alevoso crimen» (Ibáñez, 2017, p. 159).

La policía y la justicia obran por oficio. Una vez informado de lo acaecido, el hijo desterrado regresa al terruño con autorización gubernamental. Dos sospechosos empobrecidos y de ocupación dudosa son capturados, juzgados con ligereza y confinados a prisión¹⁸ en larga

¹⁷ El narrador subraya la importancia de su personaje y precisa: «Llegó a ocupar los puestos más elevados, en la política, en la magistratura y en la tribuna parlamentaria, siendo gradualmente a contar desde el año de 1834, secretario de la Prefectura, escritor público, auditor de guerra, representante a Congreso, codificador, Ministro de Estado, Fiscal de la Excma. Corte Suprema y hasta candidato a la presidencia de la República» (ver Sotomayor, p. 158).

¹⁸ El narrador realiza aquí una serie de reflexiones penosas sobre el significado de la cárcel y la condición de preso: «¿De cuántas lágrimas amargas y candentes; de cuántos suspiros desgarradores; de cuántos tristes *ayes* del alma; de

condena. El Dr. Manuel Toribio Ureta es celoso guardián del proceso judicial y el asunto se da, al poco tiempo, por concluido. No pasó mucho para que los cautivos mueran en prisión.

A partir de este instante, la tradición recurre a la elipsis para situarnos frente a un individuo enfermo de gravedad que, al borde de la muerte, pide confesarse con cura y testigos. Su alma tormentosa así lo exige. La trama se transparenta cuando el lector se entera de que el desdichado, al final de sus días, ansía contar un episodio funesto: cuando joven huyó del ejército y como tal pasó a condición de desertor, infracción que se paga con la muerte o cruel castigo. En su huida, el fugitivo se escondió en la casa de la señora Isabel Rojas quien terminó delatándolo. Capturado el desertor y por orden del coronel, recibió quinientos latigazos en castigo. Mientras sus heridas y su amor propio se recuperaban, el exsoldado juró vengarse de la anciana, y así lo hizo apenas encontró la oportunidad.

El narrador acentúa acá la culpabilidad del moribundo para luego otorgarle voz propia y pueda así liberar su falta:

Desde entonces, el remordimiento se apoderó de mi alma y ha sido mi constante pesadilla, mucho más cuando, por mi causa, dos individuos inocentes, a quienes se creía culpable, han sido condenados por la justicia y encerrados en la penitenciaría, en cuyo centro pavoroso han muerto. (Ibáñez, 2017, p. 164)

Un hálito de piedad cristiana se delata en la escena. El narrador omnisciente descarga al personaje de toda culpa y remata el texto con una suerte de crítica al sistema legal ya que se encarceló a dos empobrecidos desdichados: «La justicia, sin duda, no juzgó más que por las apariencias» (Ibáñez, 2017, p. 65).

En su estrategia, «Historia de un crimen» se vincula con «La gatita de Mari-Ramos que halaga con la cola y araña con las manos»¹⁹, tradición de la segunda serie de Palma, en tanto que ambas desarrollan

cuánta desesperación horripilante; de cuántas blasfemias y maldiciones no serán testigos esos nichos perpetuos que llaman celdas penitenciarias, donde se encierra a los vivos de la misma manera que a los muertos en los cementerios!» (Ibáñez, 2017, p. 162).

¹⁹ En esta tradición, Palma copia, como era usual, el breve relato «A la otra esquina por ellos», de Manuel Atanasio Fuentes, colega suyo de avatares literarios, indicando, a manera de elogio, lo siguiente: «Nada pondré de mi estuche, que hombre verídico es el compañero de *La Broma* que me hizo el relato que van ustedes a leer».

un final similar: el culpable de un asesinato, en situación límite y empujado por su conciencia, solicita sacerdote para confesar la asfixiante culpa que lo acompaña. En el texto de Ibáñez, el criminal es un varón; en el de Palma, una mujer. Ambos asesinan por venganza²⁰, pero el remordimiento los atosiga al saber que han muerto o va a morir un inocente por acto no realizado. En la balanza, la narración de Palma brilla en gracia y detalles, sin por ello quitar mayor mérito a la interesante tradición de Francisco Ibáñez Delgado.

El escritor limeño José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra (1833-1893) nació el mismo año que Palma y mostró desde temprano vocación por las letras. Luego de sus primeras experiencias en misiones diplomáticas en América (Washington) y Europa (Roma y Madrid), fundó la *Revista de Lima*²¹, considerada por muchos como el vocero natural del romanticismo peruano, que se difundió en dos momentos: el primero, de 1859 a 1863, y el segundo, solo en 1873. De dicho impreso, García Barrón acota: «La *Revista de Lima* sale a circulación en pleno romanticismo peruano. Por consiguiente, su orientación literaria reflejará claramente los postulados de ese movimiento aunque con determinadas variantes» (García Barrón, 1985, p. 199). En sus páginas, los «bohemos» difunden sus textos; así se pueden leer las contribuciones de Carlos Augusto Salaverry, Ricardo Palma, José Arnaldo Márquez, Luis Benjamín Cisneros, entre otros.

En 1873, también se funda el Club Literario, cenáculo que luego se convertiría en el muy dinámico Ateneo de Lima (1886); en ambos Lavalle participará activamente. Estos escenarios culturales han sido denominados por Ángel Rama como espacios hegemónicos de la ciudad letrada. A ellos habría que sumarle la Academia Peruana de la Lengua, que se funda en 1887 y de la que Lavalle fue uno de sus

²⁰ Ibáñez permite que su personaje emita estas cavilaciones: «A cada latigazo que recibía en el desnudo cuerpo, prometía interiormente y con juramento, que si quedaba con vida, irremisiblemente mataría a la señora»; mientras que Palma elige una voz omnisciente que relata los sentimientos de su criatura ficcional: [Benedicta se enteró de que su exnovio] «la había abandonado para casarse con la hija de un rico minero, y desde entonces juró en Dios y en su ánima vivir para la venganza».

²¹ Para mayor información sobre la *Revista de Lima*, ver los ensayos de Carlos García Barrón (1979 y 1985) y Daniel del Castillo (2000). Las páginas de dicha publicación albergaron a lo mejor de la inteligencia de la época: Ricardo Palma, Francisco García Calderón, Manuel Pardo, y difundió las muy leídas crónicas de actualidad que traslucían las aspiraciones de dicha generación.

primeros integrantes, ya que desde 1878 era miembro correspondiente de la Academia Española de la Lengua.

En cuanto a su labor cívica, se sabe que Lavalle integró labores en el Ministerio de Relaciones Exteriores, a cuyo cuerpo diplomático perteneció. En su devenir ciudadano, Lavalle sería luego elegido parlamentario tanto en la Cámara de Diputados (1860-1864) como en la de Senadores (1874-1876). En realidad, durante el siglo XIX, el hombre de letras fue un actor dinámico en el campo cultural y político, y su participación se convirtió en hegemónica y determinante en los proyectos que configuraban los diversos rostros de la nación (Velázquez, 2008a, pp. 199-220).

Es pertinente señalar acá un suceso en el derrotero político de José Antonio de Lavalle en tanto comisionado internacional. Nos referimos a su rol de embajador extraordinario y ministro plenipotenciario del Perú para interceder en el diferendo boliviano-chileno. En dicha tarea, Lavalle «no pudo interponer sus buenos oficios, para mediar en el conflicto, porque se le presentó el tratado de alianza suscrito entre Perú y Bolivia el año 1873, y hubo de volver [a Lima] entre manifestaciones hostiles» (Tauro, 1988, p. 1147). Al respecto, citamos en extenso a Aurelio Miró Quesada para acercarnos a tan ingrato hecho:

El 22 de febrero partió para Chile don José Antonio de Lavalle, designado por el Gobierno con el carácter de enviado extraordinario para llevar a cabo una gestión de paz y armonía. La decisión de Chile estaba, sin embargo, definitivamente orientada hacia la guerra; y no solo contra Bolivia, sino, y en forma principal, contra el Perú. Lavalle fue recibido con una marcada hostilidad; los diarios de Santiago y de Valparaíso criticaban y zaherían al Perú de continuo; el Consulado peruano en Valparaíso fue atacado. La reacción en Lima —aunque sin llegar nunca a esos extremos— fue también creciendo por su parte. El sentimiento herido fue explotando de diversas maneras. El gobierno convocó a un Congreso Extraordinario. Los diarios publicaron artículos entonados y en ciertos casos resuelta aunque imprecisamente belicosos. (Miró Quesada, 1995, p. 117)

Los sinsabores de aquellos años y acabada la Guerra del Pacífico, obligaron a Lavalle²² a retirarse a la vida privada. En esa atmósfera

²² Su hijo Hernando había muerto en la defensa de Lima en 1881, año en que José Antonio de Lavalle Arias de Saavedra deja el Brasil, donde fungía como ministro plenipotenciario, para regresar al Perú ocupado por las fuerzas chilenas.

anímica continuó su labor literaria, que al parecer se reactivó con entusiasmo en situación menos tensa, para escribir una docena de tradiciones²³, fechadas entre 1888 y 1891, suscritas con el seudónimo de Licenciado Perpetuo Antañón, y difundidas inicialmente con el rótulo de «Chocheces», que luego cambiaría por el de «Tradiciones».

Anteriormente, Lavalle había dedicado sus esfuerzos por redactar semblanzas y valoraciones históricas del escritor limeño Pablo de Olavide, del poeta y médico afroperuano José Manuel Valdés, del brigadier Bernardo O'Higgins y de la guapa María Micaela Villegas Hurtado, «la Perricholi». Entrenado, pues en el oficio, se volcó con entusiasmo a redactar con ímpetu historias ambientadas en la Colonia.

Según Tauro²⁴, José Antonio de Lavalle concebía la tradición como «el relato de alguna versión oral sobre hechos que la historia debe recoger, o la aderezada divulgación de un episodio conocido a través de ajenos textos». En ese sentido, queda claro que en las tradiciones de Lavalle se visualiza un constante elogio de entrada a Palma²⁵; una voz narrativa, aunque vital y entusiasta, que nunca pierde el control de la historia; un afán por retratar amablemente la vida colonial limeña;

En Lima es tomado prisionero en septiembre de 1882 y llevado como cautivo a Chile hasta su liberación a fines de febrero de 1883. Ya en la capital peruana, es nombrado ministro de Relaciones Exteriores, de septiembre a noviembre de 1883, por el general Miguel Iglesias, y como tal fue uno de los firmantes del Tratado de Ancón en octubre de aquel año. (Ver Tauro 1988)

²³ Once de las doce tradiciones se publicaron en *El Perú Ilustrado*: «El oidor del tabardillo», «Un Presidente poeta», «El hundimiento de Montesclaros», «La espada sin empuñadura» y «Asunto concluido», todas ellas de 1888; un año después y en el mismo medio divulga «Nuestra Señora del Milagro de Coronogo», «Un alcalde que sabía dónde le apretaba el zapato» y «De menos hizo Dios a Cañete a quien hizo de un puñete»; «La entrada del último virrey» y “El barbero”; finalmente difunde ahí mismo y en 1890 “El vivo se cayó muerto y el muerto partió a correr». En 1891, Lavalle confía «Caridad y prudencia en una pieza» a las páginas de *La Ilustración Americana*, de Lima. Este valioso trabajo de rescate se lo debemos al incansable investigador peruano Alberto Tauro del Pino (1914-1994), quien publicó los textos de José Antonio de Lavalle con el nombre de *Tradiciones* (1951).

²⁴ Sobre el tema, véase Alberto Tauro (1951).

²⁵ Por ejemplo, la tradición «Un presidente poeta», de Lavalle, se inicia con estas líneas de tributo a Palma: «Ya hay de tradicionistas epidemia. Que cultivan la vid que yo cultivo, decía el inventor, descubridor, padre y maestro del género de composición que le ha valido la fama y nombradía de que hoy tan justamente goza» (Lavalle, 1951, p. 13).

una no escondida nostalgia por el virreinato que el autor considera, mal que bien, ordenado; y un dominio de la trama que el narrador desarrolla con pausada progresión.

Dividida en cuatro bloques, «De menos hizo Dios a Cañete a quien hizo de un puñete»²⁶ es una ingeniosa tradición que se abre con una cita de W. B. Stevenson, secretario de lord Cochrane, donde se aluden los orígenes modestos del futuro virrey del Perú Ambrosio O'Higgins. Lavalle retrata con simpatía al joven personaje, a quien llama «el inglés», mencionando sus denuedos laborales como mercachifle. La vida urbana limeña de mediados del siglo XVIII se vislumbra como colorida y bullanguera, con sus barrios y su gente, y por donde el protagonista vocifera su mercadería. No tardará Ambrosio en conocer a su rival en el oficio, Juanito Montañés, quien se pelea la misma clientela. Luego de inevitables discrepancias, los jóvenes comerciantes acuerdan unir esfuerzos y alquilar una de las covachuelas de la Plaza Mayor para su común negocio. Pero sucede que ambos desatienden sus responsabilidades al enamorarse de muchachas de la calle del Peligro:

Esta calle era el paseo favorito de la mañana y tarde, de las currutacas, petimetras y pinganillas de los sucesivos tiempos y el terror de los hombres de seso y formales, porque, como se decía entonces, en la calle del Peligro, el que no cae, resbala. (Lavalle, 1951, p. 92)

Al descuidar sus rentas, los enamorados mancebos se ven en la imposibilidad de pagar a sus acreedores y deciden huir despavoridos de la ciudad. A continuación, el narrador opta por la elipsis para luego presentar la ceremoniosa llegada del nuevo virrey del Perú, don Ambrosio O'Higgins, quien es recibido por las más importantes autoridades entre las que se encontraba el monseñor Juan Domingo Gonzales de la Reguera, su entrañable amigo de juventud Juanito Montañés. En el emocionado abrazo del reencuentro, ambos no hicieron más que repetir las mismas frases con que fundaron su lejana sociedad comercial: «—¡Juanito! ¡Quién nos dijera...!»; a lo que el otro respondió: «—¡Ambrosio! Te lo dije: de menos hizo Dios a Cañete, a quien hizo de un puñete». Simpático relato cuyo abrazo final hace pensar en una segunda alianza —esta vez política y crematística— en donde los protagonistas sí podrían concretizar sus

²⁶ Apenas publicada en *El Perú Ilustrado* (Lima, 18 de mayo de 1889), esta tradición debió gustar al público lector porque a la semana se reproducía en las páginas de *La Opinión Nacional* (Lima, 25 de mayo de 1889).

sueños de juventud, pero ya no desde una modesta covachuela, sino desde el palacio y el templo.

Considerando que los escritores del siglo XIX tenían por costumbre intercambiar fragmentos de sus respectivas producciones para acuñarlos luego en las suyas, Palma decide sintetizar la trama de Lavalle y ofrecer su versión, que no por breve deja de ser interesante²⁷. Sin embargo, la estrategia de don Ricardo radica en invitar al lector a zambullirse en otra de sus tradiciones, «¡A la cárcel todo Cristo!», con el propósito de ofrecer anécdotas nuevas sobre el virrey O'Higgins. En esta, la historia, el lenguaje, el estilo y la trama llevan el auténtico sello del maestro.

Aunque más conocida como autora de novelas, la periodista y escritora cusqueña Clorinda Matto de Turner (1852-1909) divulgó su producción de narrativa breve —compuesta por tradiciones, leyendas y relatos— en periódicos y revistas de su tiempo, como *El Correo del Perú*, *El Ateneo de Lima*, *La Bolsa*, *El Nacional*, *El Perú Ilustrado*, *Los Andes*, entre otros.

Asimismo, lo que la hizo conocida más allá de nuestras fronteras fue su producción novelística. Al respecto, la crítica especializada²⁸ coincide en señalar que sus novelas no escapan de los moldes propios de una literatura que transita entre un costumbrismo romántico y un realismo exacerbado. Sus tres novelas, que pintaron el paisaje social de su tiempo, denuncian los vicios, desigualdades y males de la época. En ellas, la autora asume una postura de clara confrontación contra las injusticias que aún perduraban. *Aves sin nido* (1889), su primera novela, que le acarreó constantes problemas con el clero, es la que ha gozado

²⁷ Palma no solo inicia su tradición replicando desde el título («De menos hizo Dios a Cañete») la de Lavalle («De menos hizo Dios a Cañete a quien hizo de un puñete»), sino que, como era usual en estas circunstancias, el primer párrafo se convierte en una declaración de apropiación: «He aquí otra tradición ajena, sin la que tampoco puede pasarse mi libro, y que, en mi pluma, no es sino rapidísimo extracto de la que, con mucha galanura de forma y abundancia de pormenores, publicó en *El Perú Ilustrado* mi carísimo compinche Perpetuo Antañón».

²⁸ Ver sobre todo los trabajos de Francisco Carrillo (1967), Alberto Tauro (1976) y Antonio Cornejo Polar (1992). Para entender el contexto, el activismo periodístico-literario y las dificultades que enfrentó Matto de Turner, revisar la investigación de Francesca Denegri (2004). Por su parte, Evelyn Sotomayor (2017) ha rastreado con minucia las veladas literarias de Clorinda Matto en Lima, entre 1887 y 1891.

de mayor difusión, fama y estudio. En la trama, el indígena sufre «la tiranía del juez, del gobernador i del cura, esa trinidad embrutecedora del indio», tal como denominó esa situación oprobiosa Manuel González Parada en su «Discurso en el Politeama». *Aves sin nido* es considerada precursora de la narrativa indigenista. Índole (1891), su segunda entrega, es conocida por su temática abiertamente anticlerical, mientras que en *Herencia* (1895), su tercera y última novela, la autora opta por mostrar las múltiples dificultades que tuvo que afrontar la mujer en el campo educativo y sexual.

El primer volumen de sus *Tradiciones cuzqueñas: leyendas, biografías y hojas sueltas* fue impreso en los talleres del diario arequipeño *La Bolsa*, en 1884, y llevaba prólogo de Ricardo Palma; y el segundo tomo se difundió con el título de *Tradiciones cuzqueñas, crónicas, hojas sueltas*, y se publicó en Lima en la imprenta de Torres Aguirre, con prólogo de José Antonio de Lavalle en 1886. Por aquel tiempo, la escritora cusqueña asume, en 1889, la dirección de *El Perú Ilustrado*, importante semanario que había fundado, en 1887, Peter Bacigalupi, un italonorteamericano afincado en Lima.

Entre una postura paternalista, reivindicativa y liberadora, Clorinda Matto asumió constantemente la defensa del mundo andino, y así lo recuerda Francesca Denegri cuando señala que la narradora cusqueña tomaba tal posición al interior de «una nación que tenía sus ojos vueltos hacia Europa» y su lucha implicaba «contrarrestar el neocolonialismo cultural difundido desde Lima» (Denegri, 2004, p. 204).

Su valiente actitud se transparenta en su vida y en su obra. En momentos complejos de la vida cívica peruana, Clorinda Matto apoyó decididamente al gobierno de don Andrés Avelino Cáceres, asunto que le acarreó enemigos y el sinsabor de ser víctima de las hordas contrarias al cacermismo, quienes saquearon su casa y quemaron las máquinas de su imprenta *La Equitativa*, cuando Nicolás de Piérola y sus seguidores entraron por Cocharcas, tomó el poder en marzo de 1895 y depuso al Héroe de la Breña. Tal situación la obligó al destierro. Desde entonces vivió el resto de su existencia en Buenos Aires, donde falleció en 1909.

Bien visto, el grueso de la producción narrativa breve de Matto de Turner, que va de 1875 a 1892, podría ser entendido en parte como una suerte de ensayo y ejercicio continuo para la escritura de sus novelas; aunque Velázquez piense, no lejos de la constatación, que los últimos «relatos constituyen un eslabón clave en la historia del cuento moderno en el Perú, que obliga a repensar el proceso y a otorgarle un nuevo lugar en él a la escritora cusqueña» (Velázquez, 2015, p. 45).

Otro aspecto a tomar en cuenta es la mirada comprensiva que propone Matto de Turner frente a sus congéneres. La mujer suele ser víctima de la poca educación que recibe, de sus arrebatos sentimentales, de su concepción del mundo o de las convenciones sociales en que acorralada vive. Estos tópicos se advierten en muchas de sus tradiciones, leyendas y relatos. En ellos, la mujer generalmente es bella, encarna virtudes y muestra inocencia. Pero si uno de sus personajes femeninos falla, no ameritará tortura ni hoguera, sino confinamiento en un monasterio. En un rápido recuento, Sotomayor (2017) acota: «La mujer fue relegada al ámbito privado, ya que era la encargada de transmitir una estricta conducta moral, de manera que debía vivir alejada del mundanal ruido» (p. 30).

En la tradición «No hay Pedro bueno»²⁹ se presenta al joven español Pedro de Medrano y Albornoz, en pleno Cusco colonial, quien entra al servicio del nuevo corregidor Córdoba Mesía como escribiente. Luego de ganarse la confianza del patrón, el muchacho frecuenta a otras autoridades de la ciudad como parte de sus responsabilidades. Cuando Medrano visita la casa del provisor del Obispado, Calderón de Robles, se topa con «una joven morena, de grandes ojos negros, que cosía sentada en la puerta del provisor, pariente suyo» (Matto, 2015, p. 70). La atracción entre los jóvenes se anuncia como inevitable, y así nos lo hace saber la voz narrativa a través de esta cavilación: «El amor inflamado es contagioso, y así no tardó Medrano en hacerse corresponder con la de los ojos negros, cuyo nombre, según ella misma le dijo, era Úrsula» (Matto, 2015, p. 70).

A partir de acá, la historia se vuelve predecible: el godo engatusa a la muchacha con palabras dulces: «Solita estrella de mi tenebroso cielo, tu amor me extingue la existencia, y preciso es que compasiva mitigues mi pesar tomando tu manto y siguiéndome» (p. 70); Úrsula huye con su pretendiente, no sin antes hacerse de un rico cofre de la casa del Provisor y todo lo que pudo coger; Medrano había actuado de manera similar birlándose 400 onzas godas, dos fuentes de plata y un bastón con puño de esmeralda. Enteradas las víctimas del robo y de la huida proceden a la búsqueda. Capturados los tortolitos con rapidez, «fueron llevados ante el corregidor, en medio de un gentío inmenso causando alboroto y escándalo en las calles de tránsito» (p. 71). Acá la

²⁹ «No hay Pedro bueno» apareció inicialmente en *El Correo del Perú* (Año VI, n.º XVI), Lima, abril de 1876, pp. 124-125. Vale decir, se trata un texto que corresponde a sus creaciones de juventud.

voz narrativa decide el destino de los fugitivos: Medrano fue ahorcado y Úrsula fue recluida de por vida en un monasterio.

Núñez entiende que Matto de Turner «hurgó en la historia del Cusco y en el recuerdo de sus memorialistas, para extraer elementos aprovechables para construir sus tradiciones» (Núñez, 1976, p. 8). Por lo visto, esta parece ser la estrategia de doña Clorinda al replicar la ruta y la tarea de Palma para sus historias breves. Queda claro, en esta como en otras de sus narraciones, que Clorinda Matto trata de manera diferenciada a sus congéneres, perdonándoles la vida, amenguándoles el castigo, otorgándoles poder³⁰ o comprendiendo su mundo anímico³¹. Décadas después, el cusqueño Ángel de Valdeiglesias (1886-1961)³² divulgaría su tradición «Un nocturno libelista», que en lo esencial se emparenta con el texto de Matto en tanto que ambos comparten el escenario (la ciudad del Cusco) y el accionar del personaje (el embaucador de un godo a la población cusqueña).

Sin la gracia ni la prosa traviesa con que Palma elaboró sus tradiciones, Clorinda Matto de Turner cumplió largamente su tarea literaria al aproximarnos al alma y al imaginario del pueblo cusqueño. En buena cuenta, sus artículos periodísticos, sus ensayos de aliento sociológico, sus 59 tradiciones, sus cuatro leyendas, sus siete relatos y sus tres novelas no hacen más que mostrarnos su espléndido talento, su denodado trabajo, su ética ejemplar y su inigualable sensibilidad social.

Eleazar Boloña Dañino (1867-1936) es el típico escritor injustamente olvidado. Y la razón más obvia es el hecho de que el talento de Palma opacó a toda la promoción de narradores ulteriores. Boloña perteneció a la generación marcada por los desastres de la Guerra del Pacífico; es decir, la generación de peruanos que cerraba entristecida el XIX y abría el nuevo siglo con esperanza y optimismo. Formado en las aulas de la Universidad de San Marcos, Boloña fue, en su tiempo, el primero en poner en escenario los estudios coloniales con su tesis *La Cristiada de Fray Diego de Ojeda. Estudio crítico comparativo*, que le sirvió para obtener el grado de bachiller en 1889. Al año siguiente, obtendría el grado de doctor en Letras con su trabajo *Discurso histórico crítico del*

³⁰ «Una mujer en sus calzones» muestra a un personaje femenino enérgico que sabe poner orden donde no lo hay y aplicar aleccionador castigo a quien se lo merece, incluso sea este su marido.

³¹ En «Episodio de monasterio» una joven novicia escapa enamorada con un oficial de Bolívar para ocho días después del suceso convertirse en la esposa de su raptor.

³² De Ángel Valdeiglesias se conoce *Tradiciones de la ciudad del Cusco* (Cusco, Editorial Garcilaso, 1960).

gongorismo en la literatura peruana del coloniaje. Ambas investigaciones, al decir del maestro Jorge Puccinelli, presentan a Boloña como un «crítico peruanista, iniciador de la Historia Literaria Peruana, [...] y precursor de los desarrollos teóricos ulteriores acerca de nuestro proceso histórico-literario» (Puccinelli, 1996, p. 25).

En San Marcos también se gradúa de bachiller en Derecho con una tesis de atractivo tema, *Reconocimiento del hijo natural por testamento* en 1893, y luego de abogado. Pero su tarea docente se vincula fundamentalmente con la literatura. Ya como catedrático del curso de Literatura Castellana en la Universidad Nacional de Trujillo se ganó el respeto y la admiración de sus discípulos. Uno de ellos fue nada menos que el poeta César Vallejo, quien le dedica su tesis *El Romanticismo en la poesía castellana* (1915) con esta sentida dedicatoria: «A mi maestro, el doctor Eleazar Boloña, ilustre catedrático de Historia de la Literatura, en muestra de admiración».

Treinta y seis años dedicó Boloña a la tarea universitaria, sea en el aula o en la gestión. Por su carisma y eficacia fue elegido rector de la mencionada casa de estudios trujillana, cargo que, en 1920, asumió «con la misma sencillez y modestia de todos sus actos» (Puccinelli, 1996, p. 28). Posteriormente, la labor jurídica lo absorbió, sea como autoridad legal o como abogado en la ciudad de Trujillo. Todo ello hace suponer que esas obligaciones lo alejaron de su faceta de creador literario.

Fue durante su primera juventud³³ en que Boloña escribe y difunde treinta tradiciones. Con solo veinte años de edad, publica la primera de ellas, «El conde de la Topada», en *La Revista Social*, en 1887; y la última, «El crimen de una monja», en *El Comercio*, el 24 de mayo de 1893. «El doctor Medio» es un breve relato dividido en cuatro apartados que apareció inicialmente en las páginas del diario tacneño *El Tacora*³⁴, el 4 de noviembre de 1887. En dicha tradición se

³³ Boloña participó desde joven en las actividades literarias de su tiempo, incluso en las veladas que Clorinda Matto organizó en Lima. Sus textos creativos aparecieron en *El Perú Ilustrado*, *La Revista Social*, *El Comercio*, *El Tacora* de Tacna, entre otros medios.

³⁴ «*La Revista del Sur*, que Andrés Freyre [padre de la poeta Carolina Freyre de Jaimes] publicara desde 1866, fue clausurada por los chilenos en 1880. En su reemplazo apareció, desde 1882, *El Tacora*, cuya dirección ejercieron inicialmente el mismo Andrés y, desde 1909, su hijo Roberto Freyre Arias, nacido el 11 de mayo de 1870 [...]. *El Tacora* tuvo, junto a una sección editorial con informaciones alentadoras sobre la reconstrucción y el progreso al Perú y críticas

relata el origen nebuloso y modesto de un exitoso médico de la Lima colonial, formado en San Marcos y doctorado en España. A su regreso de la metrópoli, el personaje no tardó en ganar la mejor clientela de la ciudad, lo que originó la maledicencia de sus colegas envidiosos, quienes hicieron correr una funesta historia. A partir de acá, el relato cobra un vertiginoso giro para ubicarnos a fines del siglo XVII, donde Lima aparece como «opulenta y graciosa» y capaz de ofrecer a sus moradores «los encantos y distracciones que hasta hace muy poco tiempo eran la felicidad de todos». Sin embargo, Lima nocturna es presentada como la encarnación del peligro. Por eso se alude a las noches con calles poco iluminadas por velas de sebo y se indica que a partir de las nueve la vida honrada acaba. No obstante, la voz narrativa desliza el siguiente comentario de entraña moralizante que anuncia algún episodio funesto: «Favorecidas por la oscuridad se efectuaban en los principales lugares escenas de reprobación y aún de crímenes que quedaron muchas veces ocultos y por tanto generalmente sin castigo» (Boloña, 1996, p. 130).

Y a continuación, la historia incide en las desgracias que tiene que enrostrar, en esa Lima encantadora, una empobrecida familia compuesta de esposos enfermos con dos criaturas. Y en vista de que no contaban con recursos suficientes para cancelar los honorarios de galeno alguno, el joven marido pronto falleció porque

[...] los facultativos que fueron llamados en su auxilio le abandonaron desde el momento que se convencieron de que en esa honrada casa dominaba la pobreza. Entonces, como ahora,

implacables a las autoridades de la ocupación, hirientes y jocosas letrillas que no perdonaban al Intendente, los jefes militares o a los funcionarios judiciales o administrativos. La venganza no tardó en funcionar. El 28 de noviembre de 1910, un grupo de asaltantes forzó las puertas del diario en la céntrica calle San Martín, a dos cuadras del cuartel de policía, saqueó la casa habitación de la familia Freyre y maltrató a las personas que allí se encontraban. La venerable dama Juana Arias de Freyre, que contaba ochenta y nueve años de edad y estaba enferma e imposibilitada de moverse, fue golpeada y arrastrada por el pasadizo. Los tipos y accesorios de la imprenta quedaron esparcidos por las calles vecinas y por la Alameda. Al día siguiente, hombres, mujeres y niños se dedicaron a recogerlos uno por uno y a entregarlos a Freyre. Este reconstruyó pacientemente su taller y, después de algún tiempo, *El Tacora* volvió con el brío de siempre a conmovir a la población peruana de Tacna» (cf. «Infancia en Tacna», texto de Jorge Basadre que se puede revisar en línea <http://gdp1879.blogspot.pe/2014/08/infancia-en-tacna-3.html>).

muchos médicos han olvidado su juramento de ejercitar la caridad, con quienes no pueden remunerar sus cuidados y solo se manifiestan solícitos por la salud del paciente cuando tienen el atractivo de la recompensa. (Boloña, 1996, p. 130)

Esta vez, el narrador arremete contra los defectos de los galenos y subraya su falta de compromiso con los desposeídos. El tópico se dramatiza aún más cuando se informa que el niño de la desdichada pareja feneció de inanición. Ante funesta situación, María, la bonita viuda con el rostro aún demacrado por el pesar y desesperada por mantener a su niña, opta por mendigar por calles nocturnas, hasta el punto de perder todo freno y pudor. Al acercársele por una dádiva a un individuo de «aspecto aristocrático», este

Con engañosa compasión y con ofrecimientos mentidos trató el galán de desviar a la viuda del sitio en que la encontraba y después, con halagos y caricias, satisfizo deseos impuros que se posesionaron de su corazón al contemplar su marchita belleza. La abandonó al instante, dejando una moneda entre sus manos. (Boloña, 1996, p. 131)

Los saciados «deseos impuros» del galán implican no solo la deshonor, sino un nuevo embarazo para la joven viuda. Pasado el tiempo y con un nuevo hijo, María busca trabajo como nodriza, asunto que realiza con éxito en casa de «una opulenta señora», cuyo marido se encontraba en España reclamando «ciertos derechos». Al regreso del cónyuge ausente, se descubre que fue este el anónimo amante, de «aspecto aristocrático», que aquella lejana noche fecundó a la indigente. Revelada la verdad del enredo y la paternidad del nuevo niño, los burgueses deciden quedarse con la criatura y confinar a María y a su hija en el convento Santa Clara.

El relato se cierra con una suerte de moraleja cuando se señala que el niño fue reconocido como hijo natural: «La educación de este fue esmerada y al fin de ella llegó a ser el afamado médico a quien por causa de su nacimiento dieron el apodo de Doctor Medio» (Boloña, 1996, p. 132).

Acá el adjetivo «medio» se condice con la malévola intencionalidad de los enemigos del prestigioso galeno; finalmente, los maledicentes le estaban recordando que, a pesar de su éxito profesional, no dejaba de ser «medio hijo», «medio pobre», «medio hermano», «medio rico»; por consiguiente, no era un ser «completo». Pero hay más; la unión de un aristócrata con una indigente puede dar buen fruto si es que a este se

le ahorma y se le tamiza con alimentación y educación; de lo contrario, los hijos de la miseria están destinados a perderse. El narrador parece decirnos que el éxito solo es factible si se destierra la pobreza material y anímica. Aunque no es Palma, la narración delata prosa correcta, fin didáctico y control de los sucesos.

Tauro (1993) piensa que «los tradicionalistas fueron glosadores de documentos antiguos, tardíos cultivadores de las evocaciones románticas, y aun historiadores que eventualmente apelaron a la fácil difusión de los episodios fragmentarios o anecdóticos» (p. 5). Aunque dicha percepción puede ser medianamente acertada, entendemos que los esfuerzos de los epígonos de Ricardo Palma apuestan por una renovación e incluso innovación del género con las armas del ingenio, de la buena prosa y del interés por historiar episodios del Perú que deben ser rescatados y legados a las nuevas generaciones de lectores. Sin duda, no hay mayor pretensión, porque todos ellos, al producir relatos de esta índole, reconocían las destrezas del patriarca y le rendían tributo. Finalmente, se trató de la generación que tuvo que reconstruir el país después de la Guerra del Pacífico, y reconstruir implicaba reedificar la nación y recordar a los que cayeron por ella.

Referencias bibliográficas

- Boloña, E. (1993). *Tradiciones peruanas*. Librería e imprenta Bendezú.
- Boloña, E. (1996). *Escritos literarios*. Gráfica Biblos.
- Carrillo, F. (1967). *Clorinda Matto de Turner y su indigenismo literario*. Biblioteca Nacional del Perú
- Castillo, D. (2000). Un deseo de historia. Notas sobre intelectuales y nacionalismo criollo en el siglo XIX a partir de *La Revista de Lima* (1859-1863). En Narda Henríquez (Com.), *El hechizo de las imágenes. Estatus social, género y etnicidad en la historia peruana* (pp. 99-195). PUCP.
- Cisneros, L. J. (9 de febrero de 1983). ¿Fue Palma un romántico? *El Observador*.
- Cornejo Polar, A. (1992). *Clorinda Matto de Turner, novelista*. Lluvia Editores.
- Cornejo, E. (1973a). Prólogo de la primera edición. En Abelardo Gamarra. *En la ciudad de Pelagatos* (pp.7-9). Peisa.
- Cornejo, E. (1973b). Don Abelardo. En Abelardo Gamarra. *En la ciudad de Pelagatos* (pp.10-27). Peisa.
- Delgado, W. (1980). *Historia de la literatura republicana*. Ediciones Rikchay Perú.
- Denegri, F. (2004 [1996]). *El abanico y la cigarrera: La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*. Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, Instituto de Estudios Peruanos.

- Eguiluz Menéndez, P. (17 de octubre de 2014). La Bolsa de Clorinda Matto. *El Sol*. <http://elpueblo.com.pe/noticia/especiales/la-bolsa-de-clorinda-matto-de-turner>
- Fuentes, M. A. (1866). *Aletazos del Murciélago. Colección de artículos publicados en varios periódicos*. Imprenta de Ad. Lainé y J. Havard.
- Fuentes, M. A. (1867). *Lima: Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres*. Librería de F. Didot.
- Gamarra, A. (1973). *En la ciudad de Pelagatos*. Peisa.
- García Calderón, V. (1938). *Costumbristas y satíricos. De Terralla a Yerovi*. Biblioteca de Cultura Peruana, Desclée de Brouwer.
- García Barrón, C. (1979). La Revista de Lima. *Bulletin of Hispanic Studies*, 56, 43-54.
- García Barrón, C. (1985). El periodismo peruano del siglo XIX. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 417, 197-204).
- González, A. (1993). Las Tradiciones entre historia y periodismo. En Julio Ortega (Coord.), *Tradiciones Peruanas de Ricardo Palma* (pp. 459-477). Colección Archivo de la Unesco.
- Holguín Callo, O. (2001). *Páginas sobre Ricardo Palma*. Universidad Ricardo Palma.
- Huárag Álvarez, E. (2004). *Estructuras y estrategias narrativas en las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma*. Universidad Ricardo Palma.
- Ibáñez, F. (2017). Historia de un crimen. En Evelyn Sotomayor Martínez (Ed.), *Pensar en público. Las veladas literarias de Clorinda Matto en la Lima de la posguerra (1887-1891)* (pp. 158-165). Biblioteca Nacional del Perú.
- Ibáñez, F. (1974 [1884]). *Tradiciones de mi tierra escritas en ratos de ocio*. Arequipa: Imprenta Editorial El Sol. Edición y prólogo de Artemio Peraltilla Díaz. Las dos ediciones incluyen “Una apreciación sobre esta obra” firmada por Simón Martínez Izquierdo, fechada en Arequipa en enero de 1884.
- Lavalle, J. A. (1893). *La hija del contador: Novela descriptiva y de costumbres antiguas*. Lima: Imprenta del Universo, de Carlos Prince. El breve volumen apareció firmado con el seudónimo de Perpetuo Antañón. Incluye como prólogo la Carta crítica de Ricardo Palma.
- Lavalle, J. A. (1951). *Tradiciones*. Colección Pucará.
- Martínez Izquierdo, S. (1974 [1884]). Una apreciación sobre esta obra. En Francisco Ibáñez. *Tradiciones de mi tierra escritas en ratos de ocio* (pp. 7-12). Imprenta Editorial El Sol.
- Matto de Turner, C. (1954). *Tradiciones cuzqueñas. Leyendas, biografías y hojas sueltas*. Editorial H.G. Rozas..
- Matto de Turner, C. (1976). *Tradiciones cuzqueñas completas*. Peisa.
- Matto de Turner, C. (2015). *Narrativa breve: Tradiciones, leyendas y relatos*. Casa de la Literatura Peruana y Editorial San Marcos.

- Miró Quesada, A. (1995 [1945]). *Don José Antonio Miró Quesada*. Ediciones de El Comercio.
- Núñez, E. (1974a). Prólogo. En Estuardo Núñez, ed. *Tradiciones desconocidas* (pp. 5-13). Peisa.
- Núñez, E. (1974b). Bolívar como asunto literario. En Estuardo Núñez (Comp.), *Bolívar, Ayacucho y los tradicionistas peruanos* (pp. 7-14). Comisión Nacional de la Independencia del Perú.
- Núñez, E. (Comp.). (1974c). *Bolívar, Ayacucho y los tradicionistas peruanos*. Comisión Nacional de la Independencia del Perú.
- Núñez, E. (Comp.). (1974d). *Tradiciones desconocidas*.: Peisa. Compilación, prólogo y notas de Estuardo Núñez. El volumen incluye diez tradiciones de Manuel Atanasio Fuentes, dos de Marco A. de la Fuente y cinco de Aurelio Villarán.
- Núñez, E. (1976). Prólogo. En Clorinda Matto de Turner, *Tradiciones cuzqueñas completas* (pp. 5-10). Peisa.
- Núñez, E. (1979). Prólogo (pp. X-XLIV). En *Tradiciones hispanoamericanas*. Selección e introducción de Estuardo Núñez. Biblioteca Ayacucho.
- Núñez, E. (2001). *Los tradicionistas peruanos*. Laberintos.
- Palma, R. (1893 [1883]). Carta crítica. En *La hija del contador: Novela descriptiva y de costumbres antiguas* (pp. i-ii). La novela apareció firmada con el seudónimo de Perpetuo Antañón. Lima: Imprenta del Universo, de Carlos Prince.
- Palma, R. (1954 [1884]). Prólogo. En Clorinda Matto de Turner. *Tradiciones cuzqueñas. Leyendas, biografías y hojas sueltas* (pp. ix-x). Editorial H. G. Rozas.
- Palma, R. (1984). *Crónicas de la Guerra con Chile*. Mosca Azul. Compilación, introducción y nota de C. Norman Guice, con la colaboración de Oswaldo Holguín Callo y prólogo de Héctor López Martínez.
- Palma, R. (2005). *Epistolario general (1846-1891)*. Universidad Ricardo Palma.
- Porras, R. (1957). La sátira en el Perú. En Manuel Scorza (Comp.), *Satíricos y costumbristas* (pp. 9-13). Patronato del Libro Peruano.
- Porras, R. (1999 [1969]). Ricardo Palma. En Jorge Puccinelli (Ed.), *Antología de Raúl Porras Barrenechea* (pp. 161-169). Fundación M. J. Bustamante De La Fuente.
- Puccinelli, J. (1996). Eleazar Boloña y su tiempo. En Jorge Puccinelli (Ed.), *Escritos literarios* (pp. 21-46). Gráfica Biblos.
- Puccinelli, J. (Ed.). (1999 [1969]). *Antología de Raúl Porras Barrenechea*. Fundación M. J. Bustamante De La Fuente.
- Porras, R. (1957). La sátira en el Perú. En Manuel Scorza (Comp.). *Satíricos y costumbristas* (pp. 9-13). Patronato del Libro Peruano.

- Riva Agüero, J. (1962 [1905]). *Carácter de la literatura del Perú Independiente*. En *Obras Completas*, vol. 1. P.L. Villanueva.
- Rodríguez Rea, M. A. (2005). Prólogo. En Ricardo Palma. *Epistolario general (1846-1891)* (pp. xxi-xxxiv). Universidad Ricardo Palma.
- Scorza, M. (Comp.). (1957). *Satíricos y costumbristas*. Patronato del Libro Peruano.
- Simonini de Fuentes, A. (1973). Introducción. En *Leyendas y tradiciones* (pp. 5-42). Editorial Atlántida.
- Sotomayor Martínez, E. (2017). *Pensar en público. Las veladas literarias de Clorinda Matto en la Lima de la posguerra (1887-1891)*. Biblioteca Nacional del Perú.
- Tauro, A. (1951). Prólogo. En José Antonio de Lavalle. *Tradiciones* (pp. ix-xviii). Colección Pucará.
- Tauro, A. (1976). *Clorinda Matto de Turner y la novela indigenista*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Tauro, A. (1988). *Enciclopedia ilustrada del Perú*. Peisa.
- Tauro, A. (1993). Prólogo. En Eleazar Boloña. *Tradiciones peruanas* (pp. 5-7). Librería e Imprenta Bendezú.
- Tauzin Castellanos, I. (1999). *Las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma: Claves de una coherencia*. Universidad Ricardo Palma.
- Velázquez, M. (2008a). Las novelas de folletín: utopías y biotecnologías en Lima (1839-1848). En Carlos Aguirre y Carmen McEvoy (Eds.), *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la República de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)* (pp. 199-220). IFEA-IRA-PUCP.
- Velázquez, M. (2008b). La representación del esclavo en la obra de José Antonio de Lavalle, un escritor peruano del siglo XIX. En M'Bare N'Gom (Ed.), *Escribir la identidad: creación cultural y negritud en el Perú* (pp. 267-295). Universidad Ricardo Palma.
- Velázquez, M. (2015). La narrativa breve de Clorinda Matto: De la tradición y leyenda románticas al cuento modernista. En Clorinda Matto de Turner, *Narrativa breve: Tradiciones, leyendas y relatos* (pp. 15-52). Casa de la Literatura Peruana y Editorial San Marcos.
- Zorrilla, J. (1973). *Leyendas y tradiciones*. Editorial Atlántida.

Recibido 30 de agosto de 2024
Aceptado 19 de octubre de 2024